

ternal corazón. En primer lugar su ardentísimo amor de que hemos hablado, y que por sí era suficiente para arrebatarse la vida, si el Espíritu Santo no la hubiera confortado. A más de esto vé el divino cuerpo de su Hijo cubierto de llagas, y no las puede curar como hubiera deseado: vé su rostro desfigurado, y no le puede volver su hermosura; le vé próximo á espirar y no puede darle la vida; observa su agonía y entonces dice el padre San Agustín, hace los mayores esfuerzos para abrazarle; levanta sus brazos, pero inútilmente, porque no puede recibir en ellos sus últimos suspiros. ¡Cuánta pena! ¡qué dolor tan profundo! Y Jesús antes de exhalar el postrer aliento abre sus divinos lábios para pronunciar una palabra, para cerrar su testamento con una cláusula favorable para los pecadores por los cuales moría. Se dirige á la afligidísima Señora, y mirando al discípulo amado que en el Calvario lloraba inconsolable, y en él á toda la humanidad, la dice: «Mujer, hé ahí tu hijo.» ¡Ah! qué palabras de tanto consuelo para los miserables pecadores!... Con ellas quiere decirnos: «A mí sois deudores de vuestra salud: mi sacrificio ofrecido por vosotros es aceptado por mi Eterno Padre: yo os he abierto con mi Cruz las puertas de los cielos antes cerradas por vuestros pecados: yo, pues, soy el único mediador de propia autoridad y excelencia interpuesto entre vosotros y mi Padre; pero os lego mi Madre para que sea vuestra; si por vuestra salvación he padecido yo tantos tormentos, el mismo objeto ha motivado sus agudísimos dolores, y por lo tanto la constituyó medianera de intercesión, y por su mano benéfica os distribuiré mis gracias: acudid á ella en todo tiempo, pues que su corazón es misericordiosísimo.» ¡Legado feliz! ¡adopción hermosa cuyos

frutos se manifiestan diariamente á nuestro favor! Pero María no recibe por esto alivio en su dolor porque toda la multitud de sus hijos adoptivos no valen para ella lo que vale su Jesús: antes por el contrario su dolor recibe mayor incremento, porque dotada de una imaginación tan viva y excelente pónesele ante su vista la negra ingratitud de muchos de sus hijos que habían de renovar los insultos, las blasfemias, los sarcasmos que en aquellos momentos aun resonaban en sus oídos, dirigidos al Hijo de sus entrañas. Conoce que los mismos habían de renovar sus dolores, renovando con el pecado la pasión y la muerte de su Hijo.

Aclaremos esta verdad. El Justiniano mira el corazón de la Santísima Virgen como el espejo perfectísimo de la pasión y muerte de Jesucristo (1). Era necesario, dice San Buenaventura, que en todo se hiciese semejante al Redentor que se inmola por la salud del mundo. Con otros Padres afirma San Bernardo que María padece en su corazón los mismos tormentos que Jesús en todo su cuerpo: si las espinas taladran las divinas sienes del Hijo, punzan de un modo extraordinario y violento el corazón de la Madre; si los clavos atraviesan las manos y los pies del divino Redentor, hieren despiadadamente el corazón de la Co-Redentora. Ahora bien, Jesucristo es la víctima del pecado, y en medio de los tormentos del Calvario como antes en el huerto de las Olivas prevee la ingratitud de aquellos que no aprovechándose del fruto de su pasión y muerte, le habían de volver á vender cual otros Judas, si no á cambio de dinero por viles y fementidos placeres. Sí, pues, María, como digimos con el Justi-

(1) Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago. Justin. lib. de triumph. Christi agone.

niano, es el espejo de la pasión y muerte de su Hijo; si es una perfecta semejanza del que se sacrificara por nosotros; si tan identificada está en los mismos padecimientos y aun en los mismos sentimientos de su Hijo, ¿cómo no había de preveer en aquel momento nuestra ingratitud? ¿Y cómo esta prevision no había de producir en su corazón un nuevo dolor?

Si María, mis hermanos, no murió á la violencia de sus dolores, es porque estaba decretado que no muriese, que presenciase la obra de la Redención, á la que estaba asociada, y que padeciese al par de la sagrada víctima. ¡Ah! María es digna Madre de Jesús: su heroísmo no tiene semejante; asiste al sacrificio de valor infinito, y viendo que en la muerte de su Hijo estaba envuelta la salud y el porvenir de la humanidad, ella sufre, padece de un modo inconcebible; pero resignada con las disposiciones del cielo permanece inmóvil al lado de la Cruz del Hijo de sus entrañas.
Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

¡Cuán inmenso fué, mis hermanos, el dolor, y cuán grande la amargura de María en el Calvario! Perdonadme, que para dar una idea mas exacta de sus padecimientos, tenga que internarme en los senos de la teología. La Encarnación como obra *ad extra* de la Santísima Trinidad es comun á todas las tres divinas personas, por mas que el Hijo fuese la única Persona que realizase en sí la union hipostática, revisitiéndose de la humana naturaleza. La satisfacción ó sacrificio del Gólgota, la exige el Padre, la ofrece el Hijo y en ella se goza el Espíritu Santo. El mismo Verbo de Dios quería que se llevase á cabo la justicia de la humanidad á que estaba unido, y así ni aun recibía consuelo de su misma divinidad. Bien sabeis que

en el orden de la naturaleza, la pérdida de un hijo es sentida dolorosamente por el padre y por la madre; es decir, que el dolor se reparte entre ambos, siendo tanto mas acerbo este dolor, cuanto mas cruel y desastrosa es la muerte que lo ocasiona. Jesús tiene un Padre que es Dios, y una Madre que no es Dios. El dolor que en sus Padres debe producir su afflictiva muerte, debía ser tan inmenso como extraordinarios fueron los tormentos á que hubo de sujetarse. Ahora bien: su Padre era incapaz de sentir por ser impassible, y de consiguiente tuvo María que padecer sola lo que á ambos correspondia. «Si el Eterno Padre, dice hablando de esto uu autor piadoso (1), hubiese sido capaz de sentir dolor, viendo á su Hijo único muerto, despedazado y aniquilado en la Cruz, se hubiera penetrado de un dolor infinito, proporcionado á la dignidad de la persona y al amor infinito en que por él se abrasa, pero es un Dios incapaz de dolor. ¿Pues qué habrá de hacerse? A la muerte de tal Hijo débese justísimamente un dolor infinito. Dios Padre no puede pagar esta deuda. ¿Pues quién la pagará?» ¡María es á quien se confía el pago de esta deuda! Luego reconcentrando en su corazón, no solo sus dolores, sino tambien los del Eterno Padre, podemos concluir que sus dolores fueron inmensos é infinitos.

María, mis hermanos, nos llama á todos para que acudamos á presenciar cuanto padece en el Calvario, diciéndonos: venid y contempladme porque estoy llena de amargura: *quoniam amaritudine plena sum* (2): me circunda un torrente de tribulaciones, me veo sumergida en el profundo mar de dolores inesplica-

(1) P. Argentam. cap. XXV.

(2) Thr. cap. 1, v. 20.

bles. ¿Quién consolará á esta afligida Madre? ¡Ah! Que ella oye á su Hijo que esclama en su agonía: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?» Y ella igualmente no podría menos de esclamar á su vez: ¡Oh Dios de bondad! ¿Por qué así has desamparado á tu Hijo y á mí, la mas atribulada de todas las mujeres? ¿Por qué así nos castigas cual si fuéramos tus enemigos (1)?

No así os quejeis, Vírgen dolorísima, ni aflijais con vuestros lamentos á vuestro Divino Hijo que está próximo á espirar. El ha tomado sobre sí los pecados del mundo, ha salido fiador por el hombre y es necesario que pague cuanto el hombre debe. El Profeta Isaias lo habia anunciado que seria cubierto de llagas por nuestras iniquidades, y quebrantado por nuestros pecados. *Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra* (2). Y como quiera que nadie puede dar consuelo á vuestro Hijo, tampoco hay quien pueda enjugar vuestras lágrimas ni mitigar vuestro dolor.

Por mas que registremos los anales de la historia, y leamos con avidez cuantos hechos trágicos en ella se transmiten; por mas que encontremos mujeres llenas de afliccion por la pérdida de sus hijos, no encontraremos un dolor semejante al de María. No en intensidad por las razones innegables que hemos consignado, pero ni tampoco en su duracion. ¿Qué pena, qué amargura, qué dolor ha sido tan permanente y duradero, como el que atraviesa el corazon de esta reina de los mártires? ¿Padeció por ventura, tan solamente en el Calvario? No ciertamente; pues que te-

(2) *¿Quare posuisti me contrarium tibi? Job. cap. VII. v. 20.*

(1) *Isai. cap. LIII, v. 5.*

niendo principio su dolor en el mismo momento en que oyó la inspirada voz del anciano Simeon, no concluyó hasta que vió á su Hijo triunfante de la muerte el dia de la Resurreccion. Y aunque fué despues grande su gozo y extraordinaria su alegría al verle subir al cielo, todavia padeció hasta su muerte, por la consideracion de la ingratitud de la humanidad; pensamiento que como dijimos en el cuerpo del discurso, contribuyó al aumento de sus dolores.

Creo, mis señores, haber hecho cuanto me ha sido posible para que comprendais en cuanto lo permite nuestra limitacion, lo acerbo de los dolores de la Santísima Vírgen, fundado en las palabras que cité al principio del padre san Agustin, que nos dice que el dolor debe medirse por el amor; os he hecho ver que el dolor de María Santísima, fué de tal modo extraordinario, que como dice un Padre, repartido que fuese entre todas las criaturas capaces de sentir, todas morirían á la violencia del dolor. ¿Qué nos resta? Que al tiempo mismo que meditamos en los dolores de la Santísima Vírgen María, examinemos nuestros deberes y obligaciones para la que de tal modo cooperó á nuestra Redencion. Cuando el agonizante Jesus, dijo á María «hé ahí tu hijo» y á San Juan «hé ahí tu Madre» dió á la Señora deberes de Madre y á nosotros nos impuso las obligaciones que son inherentes á buenos hijos. María es nuestra Madre. ¡Cuánta felicidad! Por eso está dispuesta á abogar en nuestro favor: por eso presenta nuestras oraciones á su Divino Hijo, quien por sus benditas manos nos concede el perdon y la gracia. ¿Pero cuáles son nuestros deberes de hijos? ¿Acaso mostrarle una devocion superficial, y vivir de un modo contrario á la ley que nos impusiera su divino Hijo,

y los grandes ejemplos que ella nos ha dejado? No: esto no sería otra cosa que decirle: «En vano padeció y murió por mí vuestro Divino Hijo y sufrísteis vos tantos y tan acerbos dolores, por que contento yo con las máximas del mundo que me halaga, no me hallo dispuesto á practicar la moral del Evangelio.» ¡Ah! Que esta manifestacion es á no dudarle, nueva saeta para su corazon, nuevo martirio para su bendita alma. La verdadera devocion ha de nacer del corazon, el convencimiento y la razon deben guiar nuestros actos. Si María ha de mostrarse Madre solícita por nosotros, necesario es que procuremos merecer su proteccion por un recto y cristiano proceder. Al fin, pues, de alcanzar la posesion de esa gloria que Jesucristo nos conquistara con su preciosa sangre, procuremos ser exactos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, y tengamos siempre presentes los tormentos del Salvador y los dolores de su Santísima Madre que tambien lo es nuestra. Lo sumo de la ingratitude seria obrar de un modo contrario. ¡Cuántos dolores costó á María el ser nuestra madre! ¿Y podremos ser hijos de una Madre tan pura sino procuramos vivir en pureza y santidad? ¿Podremos ser verdaderos hijos de una Madre tan llena de dolores, si no procuramos huir de las diversiones y placeres? De ningun modo. Pues si queremos ser verdaderos hijos y esclavos de tan dolorosa y amante Madre, consolémosla con nuestro arrepentimiento, correspondiendo de este modo al amor que nos demostró al pié de la Cruz, y que desde el mismo cielo, sigue poniendo en accion para nuestro bien y para nuestra salvacion.

Oh la mas afligida y dolorosa de todas las Madres! Nuestro corazon se parte de pena al veros sufrir tanto

por nosotros. Nuestros pecados atormentaron y quitaron la vida á vuestro divino Hijo, siendo al mismo tiempo el fatal instrumento que hirió vuestro corazon. Lo conocemos, soberana Reina de los mártires, y porque lo conocemos, os prometemos desde este dia corresponder como hijos agradecidos. Con el auxilio de la Divina gracia que esperamos conseguir por vuestra intercesion, emprenderemos los rectos caminos que guian al cielo. Reconocdnos por hijos de vuestros dolores, y dignaos dispensarnos vuestro amparo y maternal proteccion, con la cual ayudados, viviremos cristianamente en la contemplacion de vuestros dolores, moriremos en el ósculo del Señor, y pasaremos desde este valle de lágrimas y de miserias, á ser dichosos habitantes de la Jerusalem de la gloria, donde en vuestra compañía entonaremos cánticos sonoros en loor de vuestro Santísimo Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia y Trinidad de Personas vive y reina ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen.